



LOS GRANDES MAESTROS: **MOZART**

PERUVA Y CAPIZ

Número 160

LA SEÑORA



I

En casa de Zarauz todo se volvían atenciones á mi: el mejor departamento para vivienda, el puesto de honor en la mesa, el plato más exquisito... yo estaba ya abochornado por tantas demostraciones de afecto; era aquel un trato á lo príncipe; pero ¡Cristo! que como nunca la dicha fué completa, también mi estancia en casa de Zarauz, tenía su lado horrible; porque, decir á cualquiera á quien se habla por primera vez: «Fulano de Tal, en el presidio tiene usted su casa», la cosa es un poco fuerte y al menos la primera impresión es de las que hacen dar un paso atrás al interlocutor. Sí, señores, en el presidio: Zarauz era por entonces director de la Penitenciaría de Granada, cuyo departamento exterior habitaba, y allí encontré preparado magnífico alojamiento.

Descartado este pequeño detalle, en holgura y en bienestar no me cambiaba yo por el czar de Rusia. Había ido buscando salud para mi pobre naturaleza, y á poco de vivir un mes bajo aquel cielo privilegiado encontrábame con un precioso acopio de fuerzas y vigorosas energías. Los días de sol, emprendía largas caminatas hasta Huétor y Atarfes, ó pasábame las tardes metido en la Alhambra, correteando las alamedas y orillas del Generalife. Cuando hacía mal tiempo, no quedábame otro recurso que permanecer encerrado en los bien confortados salones de Zarauz, ó bajar al presidio y matar las horas charlando con los celadores, quienes siempre referíanme algo nuevo é interesante de la vida de aquéllos desventurados que expiaban sus crímenes bajo la custodia de mi amigo.



Una noche que, mientras cenábamos, refería yo mi impresión al hablar con el penado Iñiguez, uno de los de *la perpetua*, Zarauz me contestó sonriendo:

—La historia de cualquiera de esos muchachos interesa á los impresionables como tú; pero á mí, que llevo veinte años bregando con ellos, nada de lo que me cuenten me llama la atención. ¿Y qué, qué decías... Á cuáles has visto?... ¿Has hablado á la señora?—me interrogó subrayando con cierta impiedad la última palabra.

—La señora... ¿qué señora es esa?—exclamé perplejo.

—Sí, hombre, sí,—añadió sonriendo, con un tono de cruel indiferencia, al tema de nuestra conversación,—una orgiveña guapota y rica, que mató á dos ó tres, no recuerdo á cuántos por cuestiones de amor.

—¿Y hace mucho que está aquí?

—Creo que vino por seis años; debe estar abocada á salir.

—¡Pobre mujer!—exclamé yo interesado por conocer aquel drama.—¿Me permites que la visite?

—Sí, hombre, que te acompañe don Santos.

Y continuó diciendo:

—Es la única reclusa que por orden del ministro está exenta de trabajos y horas reglamentarias; entra y sale de su celda á la huerta cuando le tiene á bien... Oye, y cosa rara: *ellas* y *ellos* le bailan al agua á todas horas. Creo que porque es muy dispendiosa.

Las referencias de Zarauz, bastaron para robarme el sueño aquella noche y amanecer intrigado por conocer á la *señora*, como cariñosamente la llamaban todos en aquella casa.

Al día siguiente, tan pronto como eché la vista encima á don Santos, le hice que me acompañase á la celda de la dama de Orgiva. El jefe de los celadores se adelantó un poco y le expuso mi deseo. Instantes después me recibía Felisa Marin.

Su departamento era una celda alcobada con dos

pequeñas ventanas de espeso enrejado que miraban á la huerta. La habitación, de paredes blanquísimas, la adornaban cuatro sillas, dos mecedoras, una cómoda, un espejo de media talla, varios cromos, un retrato de hombre, que sostenían sobre la cómoda dos piecillos de acero. En aquellas dos piececitas reducidas y limpias, se aspiraba ese bien oliente vaho que denuncia á la mujer aseada y pulquérrima.

Felisa Marin contaba de treinta y seis á cuarenta años, y era, en efecto, una mujer extraordinaria. Recuerdo que ante aquella cabeza árabe, de ojos grandes, serenos y negrísimo, aquellos cabellos de seda tan brillante que herían la vista; aquel rostro moreno mateado, sobre el que proyectaba la sombra de sus espesas pestañas; aquella nariz tan fina, tan recta, y aquellos labios sensuales, teñidos de rojo púrpura, ante tan sugestiva majestad del crimen, quedé petrificado.

—Señora,—exclamé, dominándome y echando mano á todos los recursos de la galantería,—mi calidad de viajero y huésped del director, me amparan para ser indiscreto viniendo á visitarla. He oído referir cierta conmovedora historia y he sentido vivos deseos de conocer á la heroína.

—¿Tenía usted deseos de conocerme?—me interrogó invitándome á to-

mar asiento.—Es raro que haya quien se interese por conocer á una pobre reclusa.

—No, Felisa,—la interrumpí,—según mis noticias, usted no es una mujer vulgar; es usted una mujer de corazón arrojada á este puerto por el amargo oleaje de su destino... ¿Quiere usted relatarme su drama?

Y Felisa Marin, la protagonista de una historia de sangre, con una serenidad pasmosa y una inmu-



tabilidad mayor aun, me refirió su crimen; llevaba escasamente un año de matrimonio con Mateo Bermúdez, un hombre á quien ella hizo malo con su arrebatadora pasión. Enfermos de llorar sus ojos, un día siguió á Bermúdez hasta la casa de su mercenaria, y sorprendiéndolos en la alcoba de sus intimidades, ciega y desequilibrada, con la loca ceguera de los celos, asesinó á los desprevenidos amantes...

Felisa Marín me refirió esta página negra de su vida sin derramar una lágrima firme, impertérrita, con el tono enérgico de la convicción, inalterables sus facciones y su metal de voz.

II

Ahora, si es verdad que la simpatía es una especie de instantánea al magnesio que enfoca la corriente moral de dos sentimientos, precisame declarar que aquella tarde quedaron tirados entre Felisa y yo los *clichés* espirituales de un mutuo y honrado afecto. Pero por los muchos respetos que á mí me merecía la situación delicadísima de aquella mujer, yo no la visitaba jamás; sólo algunas tardes nos encontrábamos en la huerta y charlábamos un instante.

Estaba yo en visperas de separarme de Zarauz, cuando un día no recuerdo por qué causa ó fiesta nacional, la «Gaceta» nos trajo un extensísimo indulto de penados. Lo primero que se me ocurrió fué informarme de si aquella gracia alcanzaria á mi afectuosa reclusa. Informado de que de allí unos días, Felisa Marín volveria á ser libre, cogí la «Gaceta» y me dirigí á su celda.

Felisa humedeció con lágrimas aquel papelucho oficial que le traía su libertad, y un tanto repuesta de su fuerte emoción, de la que yo participé en abundancia, hablamos de su nueva vida y de su regreso á Orgiva.

Nunca he podido explicarme por qué sugestión misteriosa, por qué imán invisible, aquella tarde pronuncié frases que, bajo aquel sagrado recinto me estaban vedadas. Sólo recuerdo que, desorientado, obediente al hipnotizador mandato de sus ojos dominadores, balbuceé:

—Sí, Felisa... á qué negarlo... yo la amo á usted y necesito ser dueño absoluto de ese corazón tan grande...

Felisa me miraba aterrada.

—¿De modo,—replicó,—que usted sería capaz de amarme con toda la pasión, con toda la salvaje realidad que yo le exigiera? Pues bien, ¡sea!—añadió—disponga usted de mí; pero no olvide que la primer prueba de amor, se la daré al recobrar mi libertad.

—¿Y en qué consistirá esa prueba?—le pregunté bien ajeno á la sentencia que me preparaba.



—¡Ah, es muy sencillo!—añadió posando en mi una mirada que me produjo un escalofrío,—usted se ha apoderado de mi voluntad, de mi corazón y de todo mi sér; usted me ha tendido un lazo y me ha vuelto al amor... y tan grande será mi pasión, tan grande es ya... que, créalo usted, amigo mío, ¡dejo intactos los muebles y me llevo las llaves de este cuarto!...

ii !!

ALBERTO CARRASCO

MÍSTICA

Las novicias en el Templo, de rodillas ante el Ara
Salmodiaban oraciones oírendadas al Divino:
Y volaba por el atrio la voz dulce de Sor Clara,
La voz suave y melodiosa como un cántico divino.

Aparecen en el Templo con sus rostros virginales,
Las novicias entocadas como cándidas palomas:
Mientras cruzan por las naves las azules espirales
Del incienso y las aromas.

Esculpido en el colmillo de marfil de un elefante,
Hay un simbolo de Cristo, que agoniza en una cruz,
Y á sus pies, arrodillada, gime triste Sor Violante

Mientras entra por la ojiva inundando su semblante
Un fulgor de roja luz.

Enmudecen los preludios y á mi estancia silenciosa
Ya no llega el dulce ritmo de la mística canción;
Ya no alumbran en el Atrio del Convento los Ciriales;
Todo duerme en la penumbra de la noche silenciosa,
Y en un ánfora de plata se deshoja ya una rosa
Y en su celda Sor Violante, besa á un Cristo con
[pasión!...

JUAN GUERRA NÚÑEZ

ARTISTAS EN LA INTIMIDAD

ANTONIA FERNANDEZ

VIAJO. En un mismo departamento salimos de la estación del Mediodía tres personas: una es mujer de tilde picaresco, joven y bonita; la otra es un viejo epicúreo de blanquinoso melena y gruesas tumbagas; y yo que, según inveterada costumbre, á los cinco minutos no más de camino ya estoy arrellanado en mi cómoda butaca, llamando al sueño que fiel á mis súplicas, viene siempre y me deja descansar como en propio y mullido catre. Se dan las buenas noches con toda la mayor finura, y después, sin preocuparse para nada de quiénes son y qué hacen los compañeros de viaje, sin ningún miramiento, se dedica, la persona experimentada, á dormir. Es lo más práctico y alimenticio.

Claro está,—y por sabido se calla—que el hombre propone y el destino dispone fatalmente lo contrario, y no siempre los inoportunos compañeros son bien educados para respetar el sueño del mártir que les cae en desgracia. Y aquí de niños que lloran como becerros; de padres que lo hacen todo—contra la higiene y los preceptos del doctor Munyon—en el departamento; otros, mayores también, que comen y le echan al sufrido compañero los desperdicios; que le manchan; que le estrujan; que le ponen los pies en la cara y el sinnúmero de atrocidades de nuestro pueblo moruno; y, señores, en esto de sufrir, hay que hacer la vista muy gorda y no incomodarse jamás: hasta por todos los excesos que ante nuestros ojos cometan las parejas enamoradas...

Mis vecinos se sitúan al otro extremo del coche. El viejo no conoce á la joven y, burdamente, comienza á enamorarla: la obsequia, la piropea, la mira con ojos de sátiro y, por último, se da á conocer...

¿Conoce usted á Pérez? ¡Pues es él! ¡Pérez, el gran hombre! un cacique de Jaen, con huertas, molino y un periodiquito, donde va á hacer popularísima á la compañera, que es artista.

Y así el sugeto, que es un hablador incansable, cuenta á la pobrecita y santa mujer, todos los episodios de su accidentada vida, desde que comenzó á proteger á Juan Mantilla, hasta su último desengaño con este ya elevado señor, casos y cosas que no se acaban nunca, porque yo, dormido, escu-

cho siempre el eco desagradable del viejo caballero, hasta que transcurridas que van seis horas de agonía se despide y se marcha.

—¡Por fin!—exclama la amada y amable compañera, y de su pecho sale un profundo quejido de hastío...

—¿No habrá usted podido descansar?—la pregunto.

—¡Pero no ha visto usted á ese hombre; si eso no es persona: eso es una carraca loca!...

—¿Y por qué su amabilidad en escucharle?...

—Por... no sé... por *nacencia*; porque los artistas, ios que vivimos del público, tenemos que estar muy amables con todos... Ahora que... déjeme usted desahogar: ¡que permita Dios que se le seque

la garganta y viendo su huerta arder no pueda pedir ni socorro!...

—Luego, ¿usted es artista, tiple, y sale de Madrid para trabajar en provincias?

—Sí, señor: voy á Jerez, á Cádiz... y me llamo Antonia Fernandez.

—¡La Fernandez! ¿Estrenó usted, tal vez, la ópera de Bretón, *La Dolores*?

—En la Zarzuela, si, señor, hace ya la friolera de once ó doce años! ¡Qué tiempos y qué ilusiones! Más tarde estuve en América, en media España, en Eslava y en Eldorado estas últimas temporadas... Pero... dejemos esto... que ni yo soy tan pelma como el anciano que he tenido el disgusto de conocer, y ni usted, amigo, artista para soportarme...

* * *

Dudo yo, lectores, que por esos mundos de Apolo se encuentre mujer más amena, simpática é inteligente que la que fué, por unas horas, mi compañera de viaje. Será este un día que no olvidaré jamás. Y no me extraña que la Antonia Fernandez con su gracia andaluza, picardía y finura, tenga,—aparte de otras sobresalientes condiciones en la escena,—dominado al público, chalado,—valga la frase,—por sus cosas. ¡Valientes cositas se trae para hipnotizar al más fuerte esta criaturita de mis pecados!...

...Con ligeras interrupciones me habló, á mis súplicas, de su vida artística. Oigámosla: «Para mí el arte es el todo: es decir, que constituye media vida mía: y buena prueba es que gustándome sobremodera el conocer y contemplar los diferentes y nota-



bles monumentos históricos, casi siempre abandono las poblaciones donde existen en abundancia sin haber satisfecho el gusto de admirarles. El teatro absorbe todo mi tiempo. Empecé en Madrid en el teatro de la calle de Jovellanos, y doce años de lucha no han sido suficientes á disminuir un ápice mis entusiasmos que han sido mayores, si cabe, que la noche de mi debut, bien es verdad que del público estoy muy satisfecha: para mí no hay más que muestras de consideración y cariño. Las obras que más me gustan y de las que en mi humilde parecer creo yo saco mayor partido, son las dramáticas; admiro mucho lo trágico, y que si yo fuera más joven lo estudiaría con gusto en obras serias; pero en París; las obras francesas son todas primores de arte.

Las Carceleras, La fiesta de San Antón, La Do-



lores, como zarzuelas españolas, hacen resaltar mi trabajo; entre otras son las que más represento y me gustan.

Unos datos para que se juzgue mi afición al teatro. Yo entré de seis años en un convento de Motril, de donde salí á los quince, trasladándome á Madrid con el exclusivo objeto de matricularme en el Conservatorio, proyecto que realicé, siendo mis profesores, entre otros, doña Carolina Cepeda y don José Pinilla. Pero los estudios de ópera, además de ser muy costosos, son largos, así es que ahorqué la carrera, y abreviándola, me dediqué á la zarzuela española. Fidela Gardeta—ahora como yo artista del género chico,—la Lerma, la Fonz, entre otras, fueron mis condiscípulas, y yo hasta disfruté el honor de cantar en Palacio delante de S. A. la Infanta Isabel...



Mis temporadas desde entonces han sido muchas. Fui á América, á Buenos Aires, al Uruguay, á Rosario de Santa Fe, á la Plata, á Montevideo y en Portugal, he estado tres veces. De España, pocas poblaciones serán las que yo no conozca; en Barcelona también hice alguna temporada, y del público catalán conservo gratos recuerdos... ¿Mis gustos? La amistad y ser aplaudida. ¿Lo que más quiero?... Á mis padres.



- ¿Y de amores?...
 — De amor no me pregunte usted una palabra. Creo que no se debe querer á ningún hombre, porque ¡qué pocos son los que tienen corazón!...
 —Exceptuando algún caso...
 —Tal vez...



...El expreso había atravesado ya el famoso puente de Alcolea, sobre el Guadalquivir... Á uno y otro lado de la línea, la campiña andaluza, soberbia y toda en producción, lo mismo que el esplendoroso bosque de olivares, nos hizo, ensimismados, recordar nuestro país, sus habitantes y sus vinos... ¡Qué tiempos y qué ilusiones!... Llegamos á Córdoba.

—¡Que me escriba usted y cuente como la tratan por esa provincia gaditana!—la dije á la Fernández al despedirme. Y nos separamos.

* * *

Ayer, —cumpliendo su palabra— tan simpática artista, me ha enviado unos recortes de un periódico y dos líneas también de su puño y letra. Los recortes dicen así:

«ANTONIA FERNANDEZ

»Bajo de una mala capa se oculta un buen bebedor.

»Tal aforismo puede traerse á plaza cuando tras de un nombre tan prosaico y un tan vulgar apellido se halla una mujer hermosa y distinguida y una artista con todas las exquisiteces de la gracia y de inspiración.

»Antonia Fernández, la tiple dramática de la excelente compañía cómico-lírica que funciona en el Teatro de Verano, ha llenado por completo la medida de lo noble, de lo exacto y de lo bello en cuantos personajes ha interpretado en la escena, figuras salientes de tantas obras escogidas, ya chispeantes y regocijadas como *La Viejecita* y *El Terrible Pérez*, y á idílicas y candorosas como *El Puñao de Rosas* y *Los gigantes*, bien conmovedoras y trágicas como *Agua Mansa* y *Las Carceleras*.

»Viendo y oyendo á la Fernández, no se sabe qué admirar más en ella: si su estilo y maestría en el canto, ó su delicadeza é identificación en lo cómico y dramático.

»De rostro hermoso, busto arrogante, y elegantísima apostura, simpática é interesante y modelo de corrección y delicadeza en las tablas...

»Cuando emite su poderosa voz de contralto lanzando las geniales armonías á las ondas sonoras de la sala, conmueve y arrebatada, y á sus musicales imprecaciones y lamentos, á sus sentidas endechas y desesperados apóstrofes, responde un murmullo del impresionado auditorio que subiendo de punto acaba por convertirse en entusiasta y atronadora salva de aplausos, en *bravos* y voces de elogio caluroso.»

Las dos líneas de la carta dicen lo siguiente: «La noche de mi debut en Cádiz, recibí un precioso

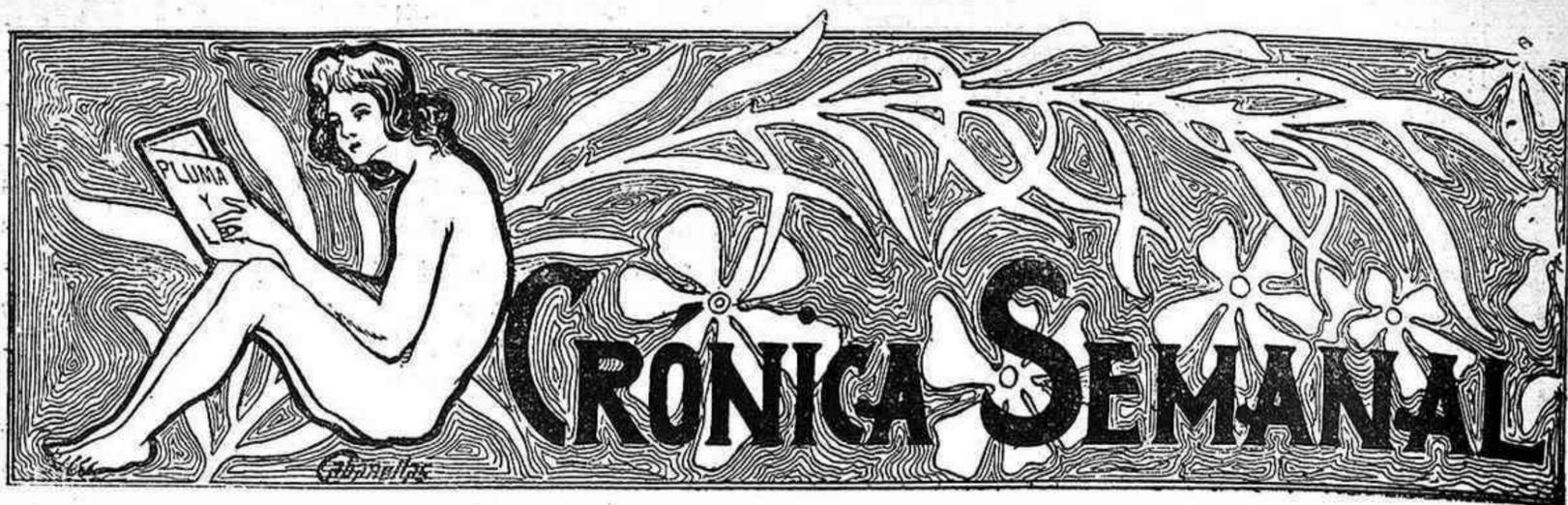


ramo. ¿Á qué no se figura usted de quién era este obsequio?...

¡Del cacique, del viajero de marras!...»

¡¡El delirio!!...

MANUEL CARRETERO



Hondamente he sentido
la muerte del actor Julián Romea.
Tenía yo no más dieciséis años
— ¡feliz edad aquella! —
cuando el célebre artista
dió á conocer mi producción primera,
con Eloísa Górriz,
la Fabiana García, un tal Venegas
y algunos otros cómicos
cuyos nombres hoy día ya no suenan.
Parece que era ayer. Y ya han pasado
¡dieciséis primaveras!
Pues bien: yo debuté, como decía,
con una obra en un acto, una comedia,
que era ¡naturalmente! un trabajillo
de un muchacho que empieza...
Dialoguitos en verso,
de medidas diversas,
y muy cuidado el ritmo
según las viejas leyes de poética,
pero nada de chistes
retorciendo el vocablo á la manera
como hoy suelen hacerlo los autores
que van ganando miles de pesetas.
Romea trabajó como él sabía.
¡Y á él y á mí nos llamaron á la escena!
El sólo merecía los aplausos;
lo digo muy de veras,
pues puso todo su arte, aquel gran arte
que otros artistas para sí quisieran.
Porque Romea fué, con propio estilo,
con peculiar manera,
cómico, como pocos, chispeante
de la mejor escuela,
sin llegar á lo bufo
ni menos descender á donde llegan
muchos que cobran hoy *los grandes sueldos*
por dar gritos y saltos y piruetas.
¡Ha muerto un buen artista
y ¡ay! ¡cuántos malos quedan!

Y siguen las noticias tristes.
¿Hacia pocos días que hablábamos de siniestros
causados por los tranvías eléctricos ó por el *delicioso*
sport del automovilismo?
Pues, ea, ya hay más apuntes para *la neotafía...*
Siniestros en Barcelona y en Madrid, producidos
por los tranvías.
Además, desde París, refiriendo detalles de una
carrera de automovilistas, nos cuentan:
«M. Dejean, quedó aplastado bajo el carruaje, y
el mecánico resultó herido gravísimamente.
» Dos mecánicos de otro automóvil resultaron
muertos, y heridas gravemente dos personas que en
él iban...»

Antes, los desventurados
que, no pudiendo aguantar
los azares de la vida,
buscaban la eterna paz,
se colgaban de una cuerda
ó se arrojaban al mar...
Hoy hay, gracias al progreso,

más recursos, muchos más,
para quitarse la vida
de un modo menos vulgar.
Con tranvía ó automóvil
en un instante se va
desde este valle de lágrimas
derecho á la eternidad.

En el teatro de Novedades se ha celebrado una
función brillantísima á beneficio de la familia del
que fué chispeante escritor y muy distinguido pe-
riodista don Daniel Ortiz.

Los artistas de todos los teatros trabajaron gra-
tuitamente.

El público respondió al llamamiento que se le
hizo y aportó una no pequeña suma que aliviará la
situación triste de la viuda é hijos de quien derro-
chó, hasta agotarlo, el caudal de su inteligencia,...
para morir pobre.

En Santander hubo, poco hace, sucesos graves.
Y en Logroño desórdenes.
Y en Sueca (Valencia), gravísimos aconteci-
mientos.

Y, en Riotinto, huelgas...

Y, entre los liberales
que han decidido
designar pronto el jefe
de su partido,
va á conseguir don Segis
gran mayoría...
¡Aumentan las desgracias
día tras día!

¡Hombre, qué delicado obsequio!
Al vicerrector de esta Universidad, un maestro,
en pago de supuestos favores recibidos, le ha rega-
lado... ¿qué dirán ustedes?... ¡un saco de patatas!
Cualquier día nos van á contar que al alcalde
le ha obsequiado un guardia municipal con una lata
de sardinas ó con un queso.

Aunque, *con queso*, es fácil que se la dé la mayo-
ría republicana.

La cual también le obsequiará con más de una *lata*.

¡Qué discurso el que Maura
pronunció en el Congreso
hará ya una semana
día más, día menos!
¡Qué de aplausos al hombre!
¡Qué ruidoso fué el éxito!
Los más entusiasmados
¿sabe usted quiénes fueron?
Nuestros buenos amigos
Villaverde y Romero.
La cosa se comprende.
No es que se asombren ellos
cuando Maura da tales
pruebas de su talento.
Es que Maura... ¡les deja
continuar en sus puestos!

JULIO MARTÍNEZ LECHA



La caída de las hojas

UNA



L U M B R E R A

I

—¡Ay, doctor! ¡Ya no puedo más!... ¡Este estómago me mata!

—Pero ¡por Dios! don Cosme ¿tanto le duele á usted?

—Sí, señor; no conozco dolores que hagan sufrir tanto... á excepción de Dolores Pérez, la madre de mi mujer.

—Bueno, pues vamos á dejarnos de paños calientes y á proceder con energía. Desgraciadamente la cal hidráulica que receté á usted el año pasado y los cocimientos de légamo y serrín que tomó [usted después, no le han aliviado nada; la dieta absoluta, sobre debilitarle un poco, no logra mitigarle los dolores; por otra parte el estómago de usted es tan vanidoso que no admite reparos... En fin, que hemos llegado al caso extremo, y...

—¿Y qué piensa usted hacer?

—¿Está usted dispuesto á todo?

—¡Ya lo creo! Como que si no me curo, me suicido y en seguida le mato á usted!...

—Bueno, pues vamos á seguir viviendo todos. Mañana á las diez me tiene usted aquí con los chismes de matar y los dos compañeros que han de ayudarme en la difícil operación de extraerle el estómago para llevármelo después á casa y echarle los remiendos que necesite.

—¡Qué barbaridad!

—Sí, señor; empleando el procedimiento inglés de mister Camelow, en cuatro días se encuentra usted con un estómago casi nuevo, incapaz de causarle á usted el menor disgusto.

—Corriente. Usted es una lumbrera de la ciencia y en sus manos me encomiendo con la mayor fe.

—Bueno, pues hasta mañana... y mucho ánimo, don Cosme, que la cosa no ofrece cuidado... Ah, se me olvidaba: si esta noche quiere usted testar y confesarse, no estará de más... Buenas tardes.

II

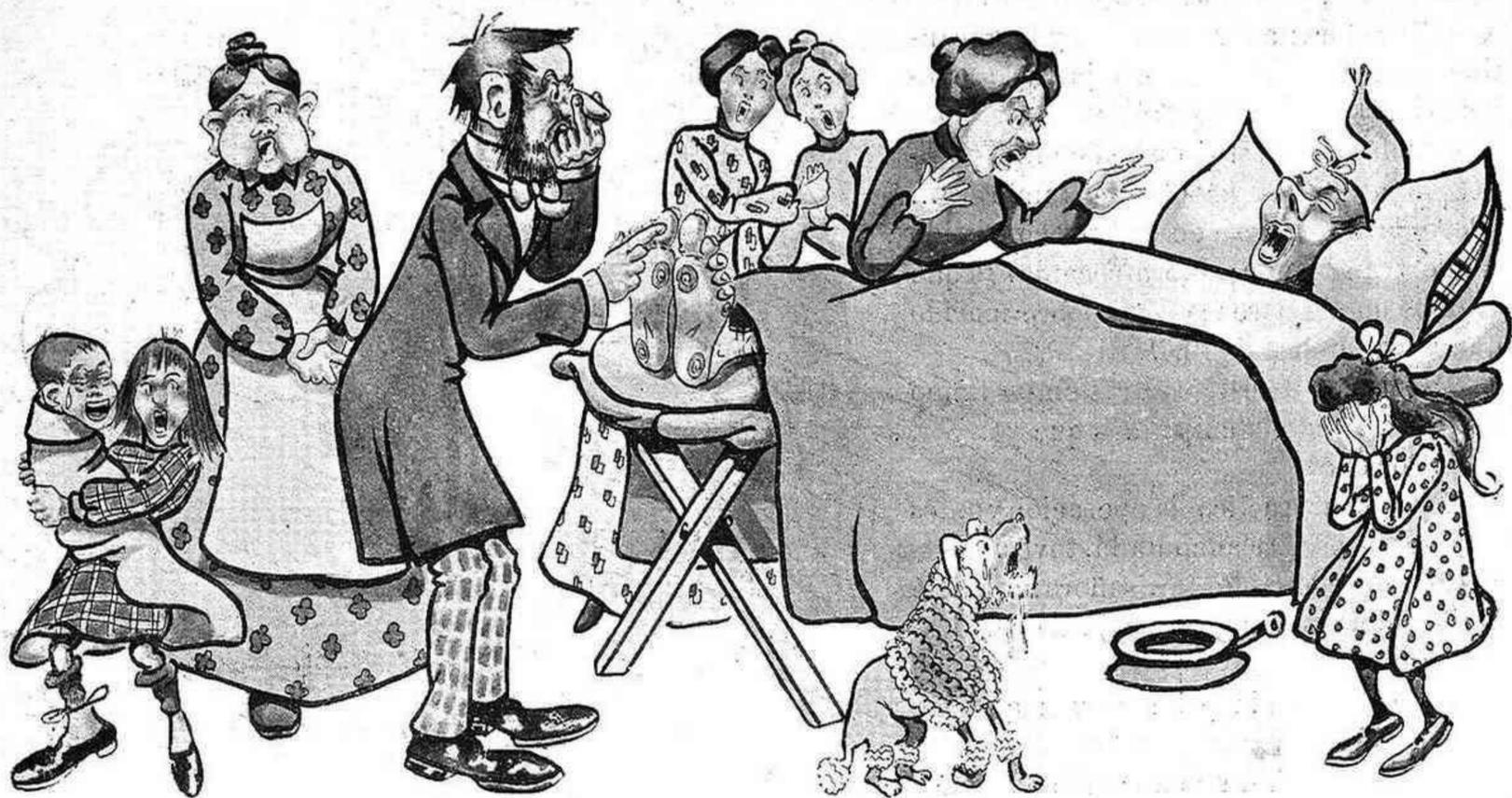
A las diez y media comenzó la operación.

A las doce menos cuarto don Cosme se hallaba tendido en un catre boca arriba, quieto y silencioso, rodeado de su familia, dos criadas y un perro de aguas, y hondamente preocupado por la ausencia temporal del estómago, cuyo hueco había el doctor rellenado interinamente con un chaleco de Bayona muy dobladito y empapado en Jerez.

Al propio tiempo el sabio é intrepido cirujano, lumbrera indiscutible de la ciencia, hallábase en su gabinete dándole vueltas á la rebelde viscera de don Cosme sobre la mesa de disección. La empresa era difícil y entretenida al par que molesta, pues la boca del estómago del operado no cesaba de dar alaridos y azorar al operador.



En hacer soldaduras, barridos, suturas, atadidos, raspaduras y enmiendas invirtió el día entero, é infatigable como él solo, no quiso interrumpir su tarea con la llegada de la noche, encendió un fósforo, con él un quinqué de gran potencia y aquella noche no durmió, pues urgía la colocación del órgano en su es-



tuche natural, toda vez que el chaleco borracho que á don Cosme rellenaba en concepto de estómago provisional, era muy torpe para hacer las digestiones correspondientes.

III

A las ocho de la siguiente mañana se presentaba el doctor en el domicilio de don Cosme con un lio debajo del brazo y un par de ayudantes de cada especie.

La colocación de la viscera remendada se llevó á efecto con toda felicidad, hasta el punto de que, agradecidos y emocionados todos los presentes, incluso las criadas y el perro, besaron al operador, que se retiró á descansar con la satisfacción del que ha logrado un verdadero triunfo.

Por su parte don Cosme se encontró muy pronto libre de dolores y en disposición de hacer su acostumbrada vida, aunque sintiendo siempre una ligera molestia, algo así como un estorbo en el estómago; pero tan pequeño que no le quitaba su proverbial apetito ni su acreditado buen humor.



IV

—¡Ay doctor de mi alma!

—¿Pero qué es lo que sucede? ¿A qué obedece tan repentina llamada?

—A que me muero á chorros. Anoche, después de cenar, desde que me dieron equivocadamente una copa de alcohol por dármele de ojen, tengo una hoguera dentro. ¡Ya ve usted! Yo que no suelo quemarme por nada, ahora estoy tan quemado que si no me apaga usted este violento incendio que se me ha declarado en el cuarto interior, falleceré inmediatamente.

—Amigo mío; es usted el primer Cosme operado por mí á quien se le ha reproducido el padecimiento.

—Sí, señor; seré lo que usted quiera; pero fijese en que mi estómago es un irresistible volcán sin vistas á la calle.

No hubo más remedio que examinar de nuevo el órgano consabido. Lo extrajo el doctor con iguales precauciones que la vez primera; lo condujo á su gabinete quirúrgico, quitó con facilidad el estorbo que tanto mortificaba á don Cosme, lo bañó con limón y cerveza y, riéndose de lo ocurrido, regresó á casa del paciente con el estómago de éste metido en una cestita.

—Doctor; ¿viene usted á colocar en su sitio el estómago de mi Cosme?

—Sí, señora; aquí le traigo, y le garantizo á usted que no volverá jamás á molestarle.

—¡Quiéralo Dios! En usted confío, puesto que al fin es usted una lumbrera... ¿Pero puede saberse en qué ha consistido esta extraña y abrasadora recaída? ¿á qué se debe que le parezca á mi pobre marido que lleva lumbrera dentro?

—Señora... de este contratiempo igneo nadie ha tenido la culpa más que yo.

—¿Por qué?

—Porque al practicar la operación y antes de coser la viscera remontada, tuve un descuido imperdonable. ¡Sí, señora; me dejé dentro del estómago la caja de cerillas.

—¡Demonio!

—Y no es esta la primera vez que me ha ocurrido.

—¿Sí, eh? ¡¡Ahora comprendo por qué dicen que es usted una lumbrera!!



JUAN PÉREZ ZUÑIGA

Los limbos

(DE G. RODENBACH)

De nuestra mente duermen
en los oscuros limbos,
proyectos abortados,
como aun informes niños.

Nacientes ilusiones,
desengaños antiguos;
juncos sobrado débiles,
harto pálidos lirios;

en los mentales antros,
antes de abril, marchitos,
deseos en capullo,
capullos ya roídos.

Jardines, como un caos,
profundos y sombríos,
do amores incompletos
viven, pero dormidos.

¡Cuántas mustias imágenes!
¡cuánto dorado trigo
que soñamos mirarlo
en hostias convertido!

Reinado tenebroso,
confuso laberinto;
sin embargo, allí suele
haber algo divino.

Allí persiste un sueño;
un sér allí está vivo;
allí de luz un rayo
da un beso en el abismo.

Y todo esto se agita
si en mi interior yo miro...

¡todo un mundo engendrado
de sueños sin bautismo!

JOSÉ DE SILES

SALAMBÓ

(Asunto Flaubert)

...—«Quiero beber el vino de tu vaso,
Ser tu Dueño y tu Rey, amada mía:
Y abriendo tu corpiño de azul raso
embriagarme de amor y de ambrosía.

—No temas á mi amor; que por ti llora
Mi alma rebelde, luchadora y brava.
Anhele sólo que al llegar la aurora
Puedas ser Reina de mi vida esclava.

—Flota en tus grandes ojos de misterio
La blanca sombra de un amor muy vago.
Serás la Emperatriz del nuevo Imperio,
Envuelta por las nubes de zahumerio
Que traigan mis legiones de Cartago.»

Después... hubo una pausa... Un rumor leve
Seguido por los besos rumorosos
Del bárbaro Demetrio y Afrodita.
Ella le dijo ruborosa:—Bebe.
Mientras vieron sus ojos luminosos
Romperse su dorada cadenita...

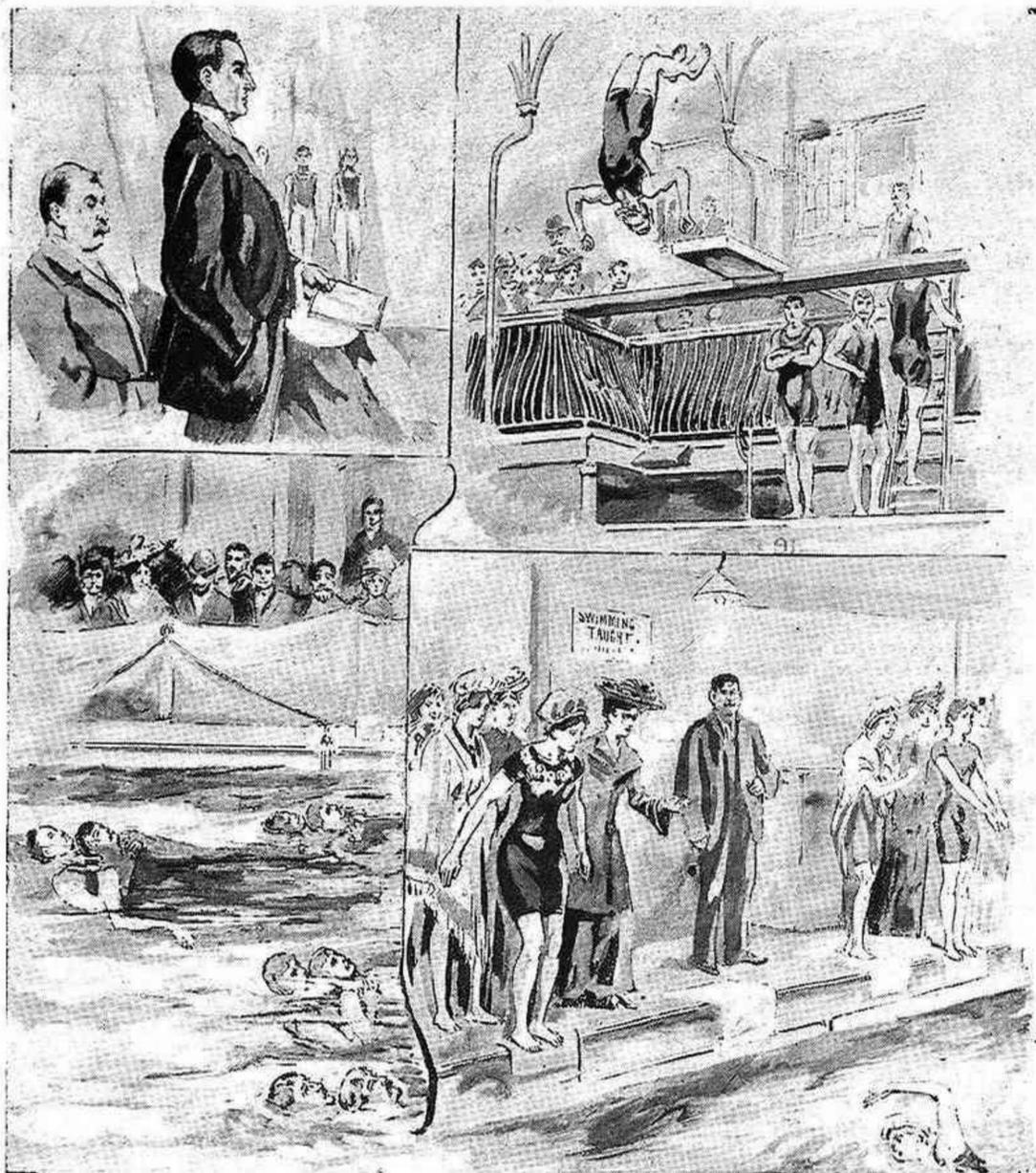
JUAN GUERRA NÚÑEZ

Ojeada universal

(REVISTA DE REVISTAS)

Ensayos de natación

LA sociedad de Socorro de Náufragos de Londres, que tan buenos servicios está prestando, procura por todos los medios posibles evitar las desgracias fortuitas que cada día ocurren en el puerto de la gran metrópoli. Uno



ENSAYOS DE NATACIÓN

de los más eficaces consiste en hacer aprender el arte de la natación, nada difícil por cierto cuando se ha perdido el temor al agua, al mayor número posible de hombres y mujeres. A tal efecto, ha establecido distintas escuelas á lo largo del río, las ha dotado de buenos maestros de natación y parece que obtiene buenos resultados su plausible iniciativa. Á fin de que abunden los aficionados, reparte premios en metálico entre ellos, y de esta manera logra con más seguridad el fin que se propone. Las escenas que reproduce PLUMA Y LÁPIZ, están tomadas del natural durante uno de esos concursos en que los nadadores se afanan por ganar el premio ofrecido.

Muravieff

Es el ministro de Justicia de Rusia que preside el Tribunal Arbitral de La Haya que ha de dar sentencia en



MURAVIEFF

el pleito que ante su alta jurisdicción sostienen Venezuela y las potencias europeas. Ningún Tribunal tan alto como el de La Haya, puesto que en él están representadas todas las naciones y cada magistrado y cada defensor son los representantes de un país. Los gobiernos que someten á su juicio las querellas que tengan con otro gobierno, se comprometen por adelantado á aceptar el fallo que el Tribunal dicte, y así se evitan guerras y se resuelve por la razón y según el derecho internacional lo que se hubiese resuelto por la fuerza de las armas, con grave daño para todos.

Dentro de pocos días se sabrá la sentencia del Tribunal, y Venezuela tendrá que acatar el fallo ya que, de otro modo, se expone á una ruina segura, tan segura como rápida.

Los dos Emperadores

Sigue la contradanza de emperadores y reyes. Apenas vuelven unos á su reino después de visitar al jefe de una nación amiga, cuando se recibe la noticia de que otros abandonan sus palacios para tener una entrevista. El Emperador Guillermo y Nicolás II de Rusia, parece que están ahora á partir un piñón, según lo demuestra la entrevista que han tenido en Wiesbaden, asistiendo á uno de los coloquios que tuvieron sus respectivos ministros de Estado, condes de Bülow y Lamsdorff.

No faltaron periodistas entrometidos que procuraran averiguar de qué se había tratado en la fa-

mosa entrevista; pero los ministros no quisieron complacerles y cuanto dicen ahora los periódicos son suposiciones gratuitas, que así pueden ser ciertas como equivocadas. Lo único que se sabe es que los dos soberanos se mostraron muy afectuosos; pero claro es que no iban á arañarse, de modo que así puede haber sido su visita un acto de pura cortesía como el prólogo de un acuerdo político que sirva para resolver muchos problemas y disipar muchos temores.

Suicidio de un ministro

Apenas había tomado posesión de la cartera de Hacienda y jurado el cargo de ministro, cuando llega impensadamente de Italia la noticia de la muerte de Rosano.

Las causas del suicidio se han sabido pronto. Los radicales habían anunciado que atacarían sin piedad á Rosano en cuanto se reuniera la Cámara.

Poco le hubiese importado probablemente al ministro que sus adversarios combatieran su gestión como político. Lo que le traía desesperado es que algunos socialistas decían tener pruebas de que en época no muy lejana, cuando Rosano era subsecretario,

había recibido algunas cantidades para que la dura ley del *domicilio coatto* no cayera con todo su rigor sobre los obreros y revolucionarios que tenían algún dinero. Bergamasco, uno de los radicales, afirma que entregó 4.000 liras al ministro.

Supo estas acusaciones Rosano y no se atrevió á esperar que de un modo preciso se formularan. Pidió la calma y la absolución suprema á la boca de una pistola. Y halló la muerte cuando su talento y sus grandes dotes de mando le prometían triunfos y glorias.

Ejercicios de los polizontes

Las instrucciones que el jefe de policía ha dado á los inspectores y sargentos de los suburbios de Londres, obligan á los policemen á los ejercicios que pueden ver nuestros lectores, y que el lápiz del dibujante reproduce ligeramente acariaturados.



LOS DOS EMPERADORES



EJERCICIOS DE LOS POLIZONTES

Bostezo del hipopótamo

Cuando el tiempo amenaza lluvia, lo que sucede un día sí y otro también en Londres, los niños y aun la gente talluda que acuden al Jardín Zoológico, pasan un buen rato contemplando al monstruoso



BOSTEZO DEL HIPOPÓTAMO

hipopótamo, que sale del agua correándole por todo el mal desbastado cuerpo y con torpes movimientos sube á la orilla.

Es un animal feísimo, cuyo cuerpo parece una masa gelatinosa y que, sin embargo, tiene un vigor y una energía tremendos cuando se enfurece. Sus enormes patas y su cuerpo disforme parece que sólo sirvan para sustentar una boca desmesurada que inspira terror y repugnancia á un tiem-

po cuando se abre para bostezar. Nuestro grabado lo reproduce en tal momento. Á los niños les gusta muchísimo contemplar á *miss Guy Fawkes*, como llaman al monstruo, que hace pocos días ha cumplido treinta y un años.

Princesa Radziwill

El escándalo que se prepara en Londres con motivo del proceso entablado por la princesa Radziwill á los herederos de Cecil Rhodes, será fenomenal y gentlemen y ladies se relamen de gusto pensando lo que van á oír y saber.

La princesa pide una friolera á los herederos: veintisiete millones de francos, y afirma que tiene en su poder un documento firmado por el Napoleón del Cabo, reconociéndole una deuda que á tanto monta. Los que conocen la belleza, la gracia y el talento de la demandante, que tuvo amores con el omnipotente ricacho, no preguntarán seguramente la causa de tan enorme deuda.

Los demandados son gente de influencia grandísima, entre ellos lord Rosebery y el conde Grey, ministro éste, presidente del consejo aquél antes de la subida de los conservadores al poder. Defendrán, pues, con tesón y habilidad su causa, y la princesa se verá obligada á exhibir documentos que explicarán una porción de cosas y que muestran la existencia del exministro del Cabo bajo un aspecto bien poco favorable.

TEUFEL

El valor de una lágrima

ALEGORÍA

—«Gota de agua cristalina,
dijo el Genio de la Gloria
que á la tierra se encamina;
«ven á la hora matutina,
que te ofrezco entre palmas, la Victoria.»

Y la gota temblorosa
entre diáfanos cristales,
cayó en la tierra gozosa,
pidiendo con voz piadosa
¡brillar, y padecer con los mortales!

Y dijo al Genio sonriente:
—«Rica perla ser quisiera;»
y el Genio condescendiente
le replicó prontamente:
—«¡Sé, pues, imagen de la Fe sincera!»

Convirtiendo su tesoro
en una perla valiosa,
la gota trocóse en lloro,
guardando intacto el decoro
de la piedad sublime y religiosa.

Y se fijó palpitante
en los ojos de una bella,

que miraba en ese instante
en el fiel regazo amante
del sudario letal la obscura huella.

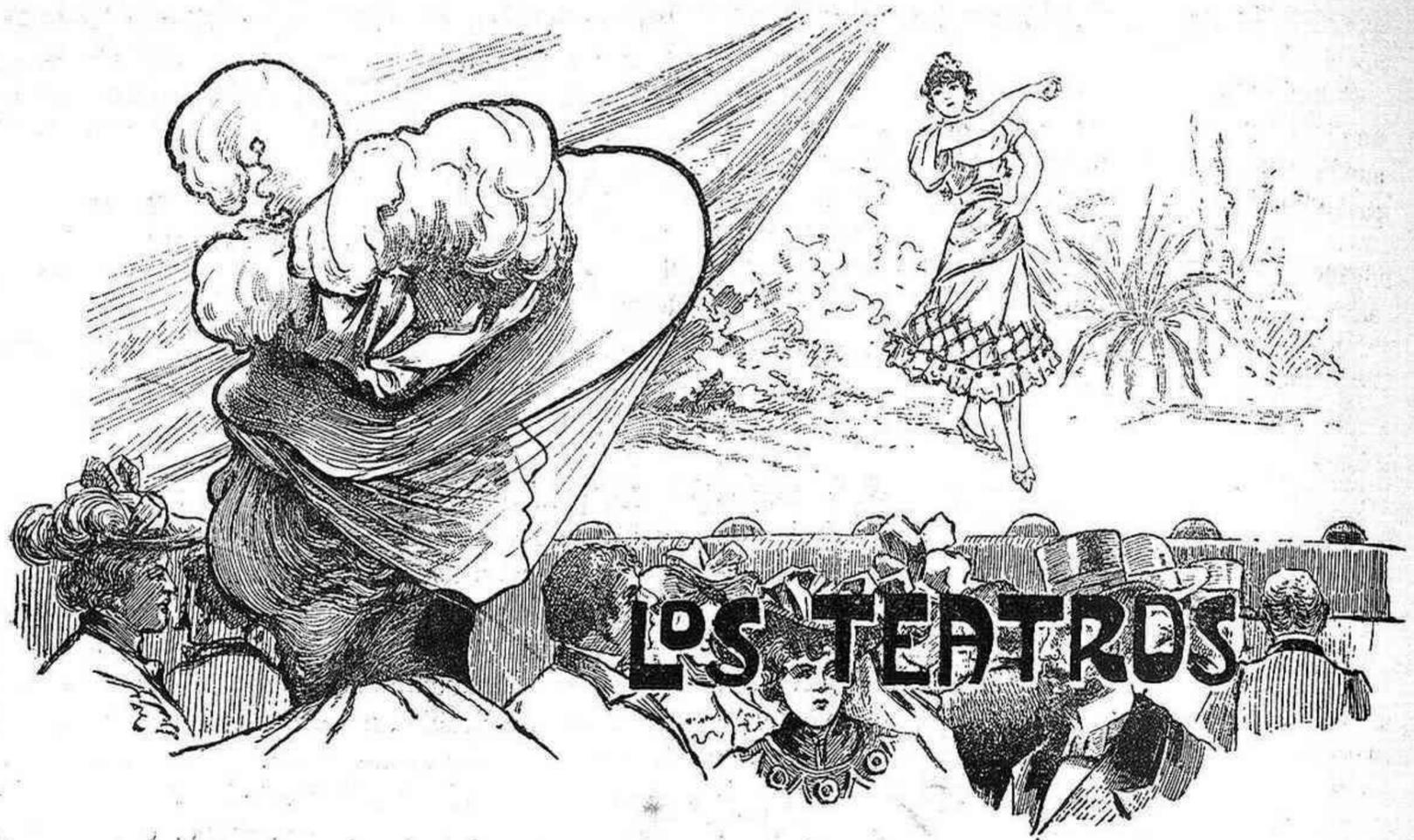
Allí tranquila dormía
la prenda de su cariño;
y la Muerte aparecía
para llevarse ese día
entre sus brazos pérfidos á un Niño.

Ya la gota no fué gota,
sino torrente fecundo
de la desventura ignota,
pues que la Madre devota
¡¡mira abrirse una fosa en este mundo!!...

Se sabe, que no hay tesoro
que á la gloria mejor cuadre
de la grandeza en el coro,
que el sagrado y tierno lloro,
que vierte el corazón de toda madre.

FEDERICO FLORES GALINDO
Peruano

Callao, Perú,—1903.



CARTAS Á JUAN PAGANO

Por fin!—como del muerto aquél dijo *La Correspondencia de España*—se verificó la inauguración del Liceo, y bien sabe Dios que lamento tener que anunciarte ¡oh inolvidable Juan! que ha sido un verdadero fracaso.

El empresario, que sin duda corre parejas con el *Querubini* de *El Duo de la Africana*, se ha propuesto tomar el pelo al respetable público, y lo peor es que parece que lo va consiguiendo. Por lo pronto ha aumentado injustificadamente el precio de las localidades alegando por pretexto la elevación de los francos... para después darnos probablemente cualquier tenor de la Barceloneta. Excuso decirte el enojo de los abonados.

Eso sí, el hombre se curó en salud y anunció que en obsequio del público se habían hecho tantas y cuantas reformas en el local. ¿Que cuáles son?

Dejo la palabra al cronista de *La Tribuna*,— el periódico mejor, sin género de duda, que se publica en Barcelona—para que él hable por mí, que es casi como si fuera yo mismo:

«Una de las grandes mejoras es el haber alfombrado los pasillos.

Si recordamos que este detalle tan primitivo de *confort*, lo tienen en Madrid hasta los teatros de último orden, la verdad es que no vemos razón para anunciarle á son de bombo y platillo, en el primer coliseo de Barcelona y que quiere pasar por uno de los primeros de Europa.

Otra mejora: el sitio de la orquesta se ha rebajado lo bastante para que aquélla no sea visible para el público, siguiendo el ejemplo de los teatros alemanes... y de Eldorado de la Plaza de Cataluña.

Tercera novedad: entre las filas de sillones habrá más espacio que antes; con lo cual no se hace más que cumplir con lo dispuesto en las ordenanzas teatrales.

Cuarta reforma: se prohibirá fumar en sitio distinto al salón de descanso y salones-café de los pisos cuarto y quinto. ¡Esta reforma sí que es nueva, original y espontánea y que justifica el aumento de precio en las localidades!

Última mejora: desaparece la concha del apuntador, detalle importantísimo para los artistas, pero que no vemos que vaya ganando con ello el público absolutamente nada. Lo que dirá éste:— ¡Que rebajen el precio de los billetes y nos den buenas obras y buenos artistas, y por mí ya pueden poner tantas conchas como tiene el empresario ó una cesta de ostras!»

Como ves, la cosa no tiene malicia.

Otra de las tomaduras de pelo consistió en anunciar la inauguración de la temporada con el estreno de *La Dannazione di Faust*, y cuando el público había accedido lleno de curiosidad en dejar su dinero en la taquilla, se le soltó, como hubiera podido soltársele un becerro, un *Lohengrin*, que únicamente han encontrado bueno los periodistas á quienes el empresario paga con butacas y palcos sus condescendencias y bombos.

La misma *Tribuna* dice hablando de la inauguración:

«El teatro estuvo anoche bastante concurrido, pero no lleno, cosa que pocas veces ocurre en las inauguraciones. Hablamos del patio y de las galerías de palcos. Las alturas, como de costumbre, aparecían atestadas. Veíanse allí los viejos aficionados, los inflexibles, los que no se doblegan á la opinión anticipada por otros públicos y por la crítica.

No hubo anoche en el Liceo lo que se llama un lleno. De la empresa fué la culpa. Anunció á los cuatro vientos *La dannazione di Faust*. Golpe mágico; el abono acudió. Después, repentinamente, con la rapidez con que se suceden y cambian los propósitos en Contaduría, fué retirada la obra y puso en el cartel á *Lohengrin*, ya conocida aquí y can-

tada en otras ocasiones mucho mejor de lo que anoche se cantó.

De la función no salió el público complacido. De eso puede estar seguro la Empresa.»

Después de leer esto, no creo que consideres apasionadas mis anteriores observaciones.

Si á todo ello agregas, simpático Pagano, el justificado temor que tiene siempre el público de Barcelona de que puedan repetirse en el Liceo las horrendas escenas que provocó no hace muchos años una mano criminal, y tampoco olvidas las constantes amenazas que los elementos libertarios dirigen en sus meetings y reuniones á todo lo que significa brillo, esplendor, riqueza y lujo, comprenderás perfectamente el que te aconseje que no pongas los pies en ese teatro y que cuando quieras pasar un buen rato vayas á Novedades á aplaudir á Frégoli, á la Gran-Vía á ver *Pepa la Frescachona*, hecha por la Matrás, y hasta ¡qué demonio! al Eldorado, aunque tengas que soportar *El Jockey*. Todo es preferible antes que pagar como magnífico lo que no dejaría de ser bastante bueno para el Liceo... de Palafrugell. En cambio, todo cuanto te diga es poco respecto al colosal talento de Coquelín y del triunfo inmenso que ha tenido en nuestro teatro Principal.

Componen la Compañía, entre otros, las actrices Mlles. Esquilá Bouchetal, Lemercie, Barlat, Lerouville y las demás del teatro de la Puerta de San Martín.

Entre los actores figuran, además del director, MM. Volny, Rogenberg y el actor cómico M. Chabert.

El gran actor se habrá convencido de que tiene aquí muchos admiradores. El ha sido el que ha estre-

nado la mayoría de las obras francesas contemporáneas. Su Compañía es sin duda una de las Compañías dramáticas más completas, y su *Cyrano de Bergerac* el verdadero *Cyrano*. Con eso está dicho todo.

Después de su excursión á España, Coquelín se encargará del teatro municipal de la Gaité, de París. Luego emprenderá una *tournee* por América del Sur.

Coquelín está decidido á realizar nuevas excursiones artísticas y á fijarse definitivamente en París.



COQUELÍN

Como supongo te agradecerá poseer el retrato del insigne cómico, te lo envío adjunto, en la obra antes citada, como verás.

En esta fotografía si eres algo observador, podrás notar lo admirablemente caracterizado que está el actor; esas narices son ó parecen auténticas y no llegan á las exageraciones caricaturescas con que nuestros actores han representado el tipo del caballeroso *Cyrano*.

Veó, querido Pagano, que esta carta me ha resultado más extensa de lo

que me proponía. Me queda en el tintero el tratar de otros teatros.

Pero consuélete el que en ninguno de ellos ha ocurrido casi nada de particular en esta última semana.

No te olvides de lo que del Liceo te he dicho y recibe un abrazo de tu amigo

PEDRO FRANCO.

PRO PATRIA

I

La jornada ha sido penosa. Durante nueve mortales horas anduvo sin descanso la partida. El enemigo persigue de cerca y hay que despistarle. Se ha llegado á un estrecho valle que desemboca en el que la fuerza ha seguido durante cuatro mortales horas. Nadie puede con su alma. Come cada cual lo que tiene. La mayoría no come nada. No importa. Se descansará.

De pronto llega un capitán que sirve de ayudante al jefe.— ¡Arriba, muchachos! El enemigo nos pisa los talones. Dentro de dos horas descansaréis de veras.

Por todos lados resuenan maldiciones. Son muchos los que no se levantan hasta que aparece el jefe. Un francés, medio loco de fatiga y hambre empuña el fusil y jura que mata al que se le acerque. No le da la gana de moverse. Prefiere que le fusile el enemigo. En cuanto asome el primero lo tumba. Un irlandés gigantesco echa á andar apoyándose en el fusil. A cada rato masculla entre dientes: *By God, mi boys!* Blasfemando á más y mejor, el francés se levanta al cabo.

Ha cerrado la noche. Trece mortales horas tardará el sol en salir de nuevo. El frío es intenso. El jefe señala unas peñas que dominan el camino del gran valle y la partida toda, como un ejército de sombras, toma por un atajo que desdeñarían las cabras. Es preciso subir durante una hora, andar una hora más á través de un bosque inmenso, llegar á un desfiladero que rara vez pisa la planta de los hombres. Allí está el descanso. Allí se podrá encender hogueras. El jefe ha pasado la niñez en aquel terreno inhospitalario. El mismo sirve de guía. Las sombras andan silenciosas, tropezando y cayendo. El piso resbala como si fuese de cristal. Los pies, ó se hunden en la arcilla mojada ó se deslizan hasta que el cuerpo da en tierra. ¿Acabará una marcha tan tremenda?

Acabó. Algunos, los más fuertes, preparan hogueras. Los débiles se tienden en el suelo sin quitarse siquiera el correaje. Brote la llama. Las sombras se han convertido en espectros. Brillan los ojos dentro de las cuencas contrastando con el color terroso de las caras. Hasta el gigantesco irlandés está pálido.

A la entrada del desfiladero, envuelto en una manta, sepultada la cabeza en una gorra de pieles, vela el hombre más intrépido de la partida. Cuando él está de centinela, no hay cuidado de una sorpresa. Toda la gente duerme. Las hogueras se extinguen una tras otra. La masa sombría del bosque parece un ejército de gigantes petrificados.

El centinela se estremece y prepara el fusil. Aguzza el oído. Permanece inmóvil. Después se oculta sin hacer el más leve ruido. Los pasos se acercan cada vez más. El fusil se apoya en el hombro. Un dedo está á punto de crisparse sobre el gatillo. Una sombra sale del bosque, se dirige hacia el desfiladero. La muerte aletea por aquel sitio. Aletea como si buscara una presa. De pronto toma vuelo, se aleja con rapidez. El centinela ha visto que la sombra era la de una mujer, la de la Loca, que desde hace años, desde que empezó la guerra sigue tan pronto á unos combatientes como á otros. Se dirige sin vacilar hacia el desfiladero.

—¡Atrás!— clama una voz imperiosa.
—Dame pan si eres hombre,— replica otra voz.
—¡Atrás!— repite la primera, y una mano firme aparta á la Loca.

Cinco horas después, á las dos de la madrugada, los que duermen despiertan sobresaltados. El enemigo corona el desfiladero y rompe el fuego contra los desdichados hambrientos. Entonces empieza una fuga vergonzosa y tremenda. La mitad de los hombres que formaban la partida quedan en el fondo del barranco. Las tinieblas salvan de la muerte á los demás.

II

Cuatro meses después, en pleno día, el mismo centinela ve aparecer á la Loca. La fuerza está dividida. Una parte de ella acampa á una media hora de distancia; la otra mitad ocupa las inmensas cuerdas de la planta baja, la corralada, el huerto. Los que no caben en el edificio están sentados ó tendidos, quienes en la viña cercana, quienes en un bosquecillo que cubre la colina que forma como un anfiteatro detrás de la casa. Aquel bosque cubre toda la otra parte de la colina y llega hasta cerca de una villa de veinte mil habitantes, que está en poder del enemigo.

La Loca pide limosna al soldado.

—¡Atrás!

Se empeña en pasar. No lo logra, pero de todos modos estuvo durante buen rato mirando á los soldados. Dijérase que algo la atraía hacia ellos. Cuando estuvo cansada de mirar se marchó.

La partida debía pasar allí la noche, pues durante los dos días anteriores, se había batido de firme y hecho jornadas tremendas.

Apenas cerró la noche se levantó un inmenso clamor en el bosque vecino. El enemigo habría dado una de sus sorpresas.

El combate duró una hora, violento, empeñadísimo. Pero los partidarios habían visto caer á muchos de los suyos al principio de la acción, y no pudieron resistir el empuje avasallador del número.

Se retiraron en buen orden; pero se retiraron; en poder del enemigo quedaban más de doscientos hombres y bastantes muertos y heridos.

III

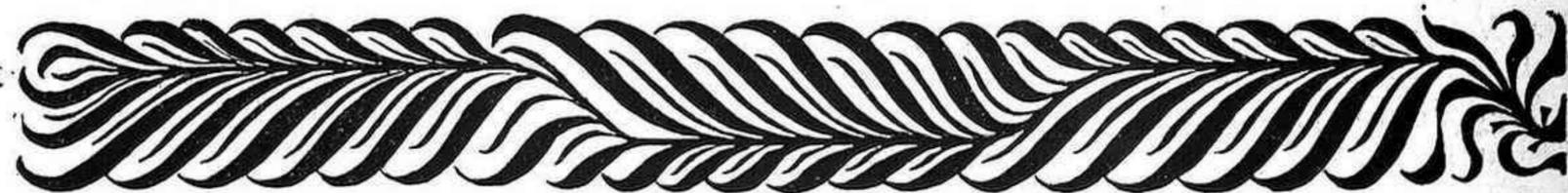
Al cabo de poco tiempo descansaba la columna en un sitio admirablemente dispuesto como posición defensiva cuando surgió la Loca, como si la hubiese vomitado el suelo. Dió la casualidad que el mismo soldado estaba de centinela. Aleccionado por los desastres anteriores, en cuanto la Loca pretendió pasar, apartó el arma, cogió por un brazo á aquella y llamó á sus compañeros de guardia. Hablaron unas palabras. Uno de los soldados descerrajó un tiro á la Loca, que cayó al suelo como una masa.

Cinco horas después llegaba la fuerza enemiga; pero antes que hubiese disparado un tiro, se oyó una voz imperiosa que gritaba:

— ¡Fuego á discreción!

Y las montañas repercutieron el ruido de granizo y cinco cañones, cargados de metralla, sembraron la muerte en las filas enemigas.

A. RIERA



Reflejos de amor

Tú eres la luz del astro refulgente
Que en el cénit del cielo centellea,
La claridad sublime de la idea,
Que vierte resplandor sobre mi frente.

La clara linfa de pasión ardiente
Donde se mira mi alma jigantea,
El reflejo ideal que siempre ondea
En mi cerebro, puro y esplendente;

La emblemática aurora, mensajera
De una dicha inmortal en esta vida,
En risueña y perpetua primavera,

Pues, tu existencia á mi existencia unida
Juntas quedaron, desde aquel momento,
¡En que brotó la flor del sentimiento!

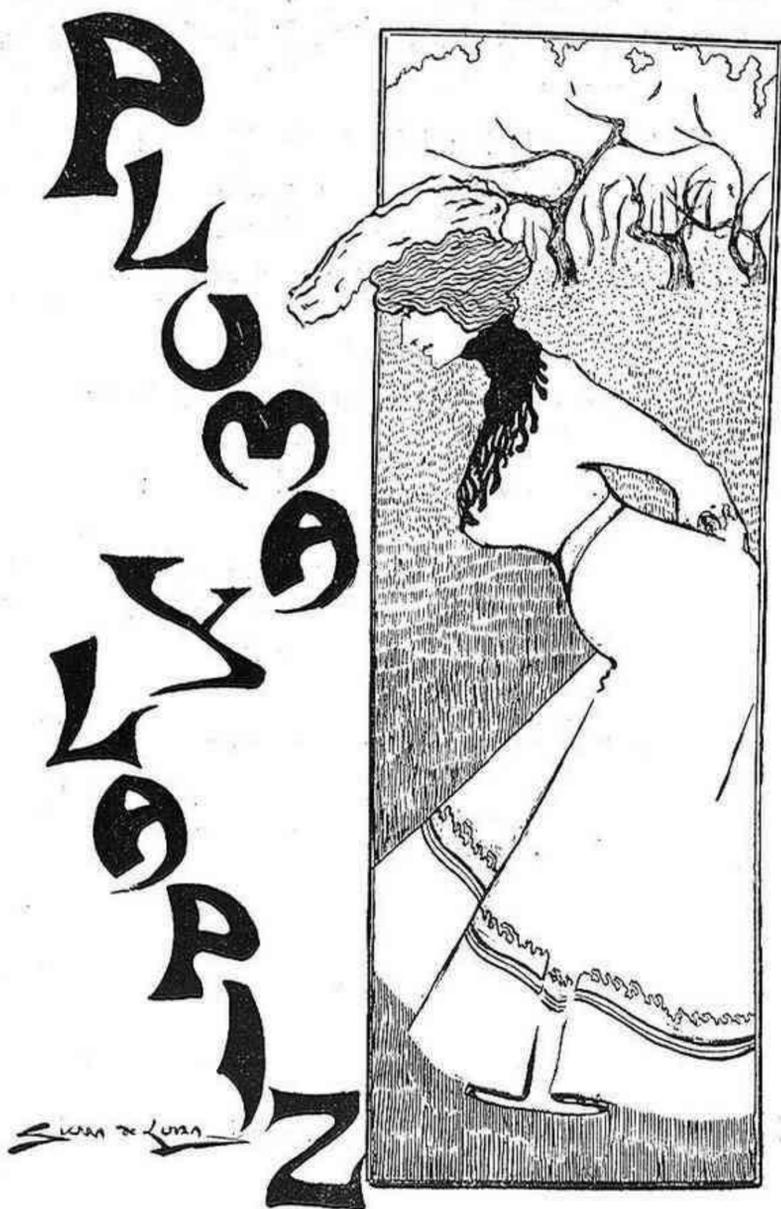
ARTURO C. PORRAL.

Santa Fe.

LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO, VERSIÓN LIBRE, POR SIERRA DE LUNA



«... La mujer debe obediencia á su marido, pero en cambio este la protegerá...»



REVISTA LITERARIA HISPANO-AMERICANA

REDACTADA POR LOS LITERATOS MÁS
INSIGNES DE ESPAÑA Y AMÉRICA, ILUSTRADA
POR LOS DIBUJANTES, PINTORES, FOTÓGRAFOS Y
CARICATURISTAS MÁS NOTABLES.

Precio: 20 céntimos número; por suscripción,
España, semestre 6 pesetas; año 11.

Extranjero, semestre 8 francos; año 15.

En Portugal y América fijarán el precio los señores coresponsales. La correspondencia á don Manuel Maucci, Mallorca, 226 y 228, Barcelona.

Batiburrillo

CORRESPONDENCIA

D. J. G.—Á la hora en que recibo su grata postal, no ha llegado á mi poder el envío que me anuncia de tres caricaturas, por lo cual, usted comprenderá perfectamente, que me es imposible decirle lo que me parecen.

Tampoco recibí la historieta de que me habla. No sé en qué pueda consistir.

D. R. M. R.—No está mal. Pero esos asuntos morunos ya no interesan á nadie... á menos que volviera á haber otra guerrecita con Marruecos, pongo por desgracia.

D. C. A. H.—Sevilla.—Muy bonitos para el álbum de la interesada. Pero nada más.

D. J. de C. y N.—Córdoba.—Lo mismo digo á usted, mi querido colaborador. Unicamente que donde dice álbum léase abanico y *tutti contenti*.

S. S. PÍO X

Magnífica oleografía

Tenemos el gusto de participar al público en general y á nuestros coresponsales en particular, que el verdadero, auténtico y más reciente retrato que se ha hecho del nuevo Papa Pío X, lo acaba de poner á la venta, con éxito asombroso la Casa Editorial Maucci, que no ha escatimado gasto alguno para que la oleografía de S. S. resulte una grandiosa obra de arte que ha de poseer sin duda toda familia cristiana.

Este retrato, pintado por el notable artista Joaquín Diéguez, mide 65 X 90 centímetros, y á pesar de constituir un hermoso cuadro de valor inapreciable, su precio es el ínfimo de **5 pesetas**, libre de gastos de franqueo.



Tipografía Maucci, Mallorca, 166.—Barcelona.